

UN ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DE SANTA OLALLA

Por ANDREAS KÖNIG, M.A.
(Ido.), Instituto de Investigaciones Interculturales
de las Universidades de Berlín.

NOTA INTRODUCTORIA.

En estas escuetas notas quiero describir algunas impresiones y análisis preliminares concluyendo una fase de investigación antropológica en Santa Olalla. Defendiendo esta ponencia no me he propuesto presentar un estudio académico y científico. Más bien es mi deseo comunicarme con la gente entre la que podía vivir y trabajar durante los últimos cinco meses. La finalidad de esta ponencia, por lo tanto, es, en primer lugar, darles cuenta de mi trabajo a los vecinos y amigos que me han acogido, calurosamente, durante estos meses. A la vez, quiero aprovechar la oportunidad de dar las gracias a todos los que han aportado y colaborado para hacerlo posible: a particulares y asociaciones, tanto como corporaciones, entre ellas, en primer lugar, el Excelentísimo Ayuntamiento de Santa Olalla, la Orden de la Providencia, el Instituto de Enseñanza Secundaria y muchas más.

También querría anticipar que, aunque mi pequeño resumen contenga algunos aspectos generalizables para toda la Sierra de Huelva, no pretendo, ni mucho menos, hacer relaciones de tanta envergadura. Con tal que, en este breve tiempo, les voy a presentar unos escuetos aspectos de mi trabajo y de la manera de reflexión de un antropólogo. Por consiguiente, este texto va a tratar, básicamente, de tres puntos. Primero tratará del desarrollo del proceso de mi investigación aquí en el pueblo; segundo, de cómo configurar o integrar los datos y detalles en un modelo antropológico. Tercero, intentaré sacar algunas conclusiones desde mi punto de vista actual acerca de la vida social y cultural en Santa Olalla, con vista al futuro.

I. FASES DE MI TRABAJO Y DE MI ESTANCIA.

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, un encuentro que he tenido en uno de los primeros días en este pueblo. Estaba en un bar, preguntando por alguien, cuando me preguntó un joven muchacho: ¿Y Vd. qué hace aquí? Le respondí que estaba aquí para hacer un estudio sobre la cultura de este pueblo. Pareció que le satisfacía la respuesta hasta que poco después volvió para preguntarme: Y la cultura, ¿qué es?

Confieso que, a pesar de tantos años de estudios, esta pregunta me dejó boquiabierto. Hice un intento de responderle escueta y cortamente a este muchacho, su clara y concisa pregunta. Sin embargo, no tenía la sensación, en aquel momento, de haber logrado, con mi contestación, explicarlo suficientemente. Espero, por lo tanto, que lo que ahora voy diciendo le serviría para más explicación de su inquietud.

Entonces, mi pregunta del principio era ésta: ¿Qué es la cultura de este pueblo, de su gente? Empecé a hablar con esta gente, con el fin de conseguir sus impresiones y opiniones, pero también de participar en el tesoro de conocimientos del que disponen.

Durante un largo período me encontré con un tema en todas mis entrevistas y charlas cotidianas. A este tipo de tema quiero llamar "un discurso", ya que en realidad es algo de que habla todo el mundo. En este discurso, los Olalleros, me presentaban su pueblo como uno de gran igualdad entre los vecinos: no hay ni pobres ni ricos, ni arriba ni abajo. Antaño sí había clases diferentes pero, hoy en día, ya no existen. Llegaron a decir que aquí la gente es como una gran familia. Y de verdad, mi impresión, al principio, era de que todos hablan con todos y muchas veces me asombró la rapidez y eficacia de esta comunicación.

En busca de más conocimiento sobre la vida social y local, visitaba los sitios donde se supone que se desarrolla una buena parte de la vida de esta gente: fui a visitarla en sus asociaciones. En realidad, Santa Olla ofrece una gran variedad de asociaciones, muy diversas y ricas en su vida social. Destacan el Club de Pensionistas, con su Coro de los Pastores de la Sierra, las Asociaciones de las Mujeres y Contra la Droga, tanto como las cinco Hermandades, los Boy Scouts, y muchas otras.

En estas asociaciones e instituciones conocía a personas muy activas en la vida social. En las entrevistas, ellos me describieron otro aspecto nuevo de la vida social. Ya no era tan homogénea la imagen del pueblo que se me reportaba, sino que el pueblo pareció dividirse en grupos de gente activa, la que organiza algo o participa activamente, y otros que sólo toman parte, más o menos, pasivamente.

Sin embargo, no me parecía lógico el hecho de que había muchas personas participando, pero no colaborando. ¿A qué se debía este fenómeno? Investigando más, entendí que las asociaciones funcionan como un nudo de comunicación para la gente del pueblo. Muchos quieren enterarse pero no, necesariamente, participar. Otro motivo parecía ser el de reunirse con la gente: con amigos y "enemigos" —charlando, discutiendo y comunicando— para apoyarse mutuamente, o también para reñir. Claro, lo mismo pasa en todos los bares, y aquí todo el mundo se comunica con gran libertad de expresión. Sin embargo, los vecinos notaban una diferen-

cia esencial: las discusiones en los bares "no mueven nada", mientras que en las asociaciones se mueve algo. Esta participación permite tomar parte en decisiones, aunque sea sólo por medio del veto.

Más adelante, me enteré de que había otro grupo muy importante para la vida social que son las personas que critican. Muchos "activos" estaban de acuerdo en que se sentían "quemados", agotados, por el trabajo y por la llamada "crítica" que le seguía. Pero, ¿por qué se critica si este trabajo parece servir al bien de todos? La respuesta no es nada fácil, pero creo distinguir varios motivos.

El que organiza, trabaja y decide algo, se expone a la visibilidad de todos —por el mero hecho gana el prestigio de ser visible, de ser algo más conocido que los demás—. Aquí hay que recordar que, en esta misma sociedad, se valora mucho la igualdad social de los habitantes y vecinos. De esta manera, la crítica funciona como la recompensa de este "valor añadido", consistiendo en el valor simbólico que uno gana por medio de su trabajo público. La crítica se desenvuelve como la contrafuerza por el aumento de este prestigio.

Sin embargo, otra pregunta surgió de ahí. Si algunos están "quemados" y otro criticando, o sea, parecen desacuerdos con las actitudes y las decisiones de los primeros, pudieran, ellos mismos, hacerlo cambiar, como es fácilmente imaginable en el caso de las asociaciones. Pero no se trata de cambiar las cosas. Los que critican, pienso yo, curiosamente, sí están de acuerdo con las decisiones. ¿Entonces, se trata de una malintencionada crítica, sirviendo de finalidad en sí misma? Nada menos que esto. Los críticos de tales actividades sociales están esencialmente de acuerdo y no quieren cambiar las cosas; por eso hablan y no participan. Su actitud crítica nace en función de dos motivos, basados en el propio sistema de valores. Un motivo es, otra vez, el igualitarismo. De verdad que las diferencias en cuanto a posesiones materiales no trascienden tanto hacia fuera en la vida social de hoy en día. Ya no destaca tan fuertemente la diferencia entre rico y pobre como en épocas anteriores. Lo que sí destaca fuertemente es la diferencia en cuanto a la posesión de "la cultura". El término "cultura" es, prácticamente, sinónimo con el de "educación formal". Pero además, la "cultura" implica el "saber hablar", y la gente "sin cultura", muchas veces, hasta pretende "no saber hablar". Esta declaración me tenía que asombrar mucho ya que, como persona "nórdica", enculturada con los valores, las formas sociales y retóricas típicas de Alemania, chocó con mis observaciones de una retórica popular ágil y admirable, de una riqueza de gestos y movimientos físicos que da testimonio de una cultura exuberante de la palabra hablada.

La clave para el entendimiento de esta contradicción se encontraba en la sinonimia de "cultura" y educación formal. Sabiendo que "la gente

gorda" que mueve algo, suelen ser personas con bastante educación formal, estaba claro que formar parte de la gente que sabe hablar en público significa pertenecer al grupo que trata los temas políticos y que decide y mueve algo.

Otro aspecto queda que considerar. Habíamos dicho que una persona social —o públicamente "activa"—, inevitablemente, es una persona que decide algo y representa para los demás ser una persona de cierto poder aunque, claro, de medida muy limitada. Así que podemos decir que no sólo gana el mero prestigio sino también "una mejina" de poder. Desde un punto de vista antropológico existen instituciones políticas no sólo a nivel institucional o de partidos. También a un nivel de actividades de todos los días, siempre cuando representan estructuras estables y consisten de esquemas de actividades repetidas en la cotidianeidad y con marcada función social, podemos hablar de instituciones.

Hace falta, aquí, emprender un pequeño excursus preguntando por el proceso de decisión colectiva. En un proceso de discusión de grupo la proposición de un participante es válida como decisión mientras que no haya otro participante que levante la voz y palabra en contra. Dado que el pueblo representa un universo social y comunicativo muy homogéneo, podemos hasta hablar de un "discurso continuo" en el que todos hablan con todos y sobre todo. Pienso que la crítica es como una reacción, una respuesta a una decisión anteriormente hecha por una persona activa, destacante. Es a nivel de la vida cotidiana del pueblo, del discurso continuo que se contesta de esta manera a la decisión que alguien ha tomado.

Sin esta "crítica", el prestigio y poder de las decisiones públicas quedarían con el que actúa y esto pondría en peligro el valor simbólico de todos que es la igualdad. La crítica amortigua los efectos simbólicos de esta actuación en público.

Por lo tanto, podemos decir que las asociaciones son un núcleo de práctica de democracia, y si comprendemos este "juego de discursos" entre activos y pasivos, organizadores y "apáticos", a nivel de la vida cotidiana del pueblo, tenemos nada menos que un simulacro, un pequeño modelo, de una estructura participativa, una condición imprescindible de la democracia.

II. ACERCAMIENTO A UNA ETNOGRAFÍA DE DISCURSOS.

Con todos estos discursos, después de hablar mucho sobre el hablar, quiero exponer brevemente cómo se puede comprender una sociedad o comunidad a partir de ahí. ¿Cómo se puede proceder a una visión más amplia para describir, explicar y comprender su dinamismo histórico? Me

quiero limitar en tres aspectos: Primero, las relaciones de la sociedad con su entorno; segundo, los mecanismos de adaptarse a este entorno, y tercero, la imagen de la comunidad de sí misma. Hay que anticipar también que en este estrecho espacio no se pretende, ni mucho menos, dar una etnografía completa de una villa tan compleja en sus relaciones y manifestaciones sociales y culturales. Más bien se trata de valerse de algunos discursos o tópicos comunes en las charlas cotidianas de la gente para reflejar este universo social.

1) Las relaciones de la sociedad con su entorno

Santa Olalla es, históricamente visto, una comunidad agraria. Desde generaciones, su gente ha vivido de y con el campo. Esta experiencia ha creado un sinfín de conocimientos prácticos, teóricos y (pre)científicos sobre la naturaleza. Entran aquí detalles, como detrás de qué piedra, de qué pared de una dehesa, se pueden encontrar caracoles, hasta los más complejos conocimientos como, por ejemplo, el cuidado de un equilibrio ecológico tan frágil como el de una dehesa. Pero la tradición agrícola también ha dejado su huella en formas del comportamiento humano. En el contexto de la modernización, a la que vamos a hacer referencia más adelante, las estrategias financieras o de inversión son de gran importancia. En un mundo en el que malgastar dinero o hacer una inversión equívoca, p.e., en el cultivo de un año, podía conllevar el riesgo de hambre en otros muchos años. En un entorno así es lógico que antes de invertir dinero, energía y tiempo, uno esperaba que pasase algún tiempo y que, tal vez, otro hiciera la experiencia primero, antes de implicarse uno también en ella. Dicho de otra manera, se desarrolló un espíritu empresarial más bien cuidadoso que innovativo y, en total, típico de una agricultura tradicional.

También hay que mencionar, en este contexto, la experiencia de la época franquista que, por cierto, ha dejado sus huellas en la gente y su forma de comportamiento y más, así, en una sociedad rural que en una sociedad urbana. Vale destacar, al menos, una consecuencia relacionada con esta experiencia. Asomarse uno demasiado a la visibilidad de la comunidad, por varios motivos, no era nada aconsejable. De la gente "humilde" no se esperaba tomar decisiones públicas; no se esperaba de ellos incentivos para el desarrollo económico, ni mucho menos cultural o social. No es nada asombroso, por lo tanto, si el círculo social de confianza sea, más que nada, la familia. Hoy en día, el pueblo se encuentra en una encrucijada entre la crisis económica y la opción de buscar otros caminos para la producción y la subsistencia de su gente. La familia sigue siendo puente y nudo de conexión entre los individuos para afrontar los muchos retos de una época nada fácil.

Sin embargo, se nota un cambio de valores, sobre todo, entre las generaciones. Se nota, por ejemplo, el proceso de orientarse hacia la ciudad en todos los aspectos de la vida social y moral. La sociedad local está reformando sus antiguas señas de identidad. El lema del modelo de vida de hoy en día puede ser "la independencia", palabra muy ambigua que esconde muchos más significados de los que implica. Implica más libertad, en varios sentidos, para el movimiento y desarrollo del individuo (desde la libertad económica, la movilidad de jóvenes y adultos o en la independencia de convivencia, quiere decir, el ser independiente, p.e., de los padres en un piso propio).

Además, Santa Olalla se encuentra en una posición geográfica muy favorecida, dado que está en un lugar de paso en una de las carreteras más frecuentadas de la región, lo que los vecinos llaman "La Puerta de Andalucía con Extremadura". Este hecho aporta lo suyo al cambio social. Esto transforma, curiosamente, un aspecto de comportamiento que, se dice, representa la denominada "mentalidad cerrada" de la gente de la sierra. El retraerse ante una persona de fuera, que está de paso en la comunidad, ya no se debe a una falta de contacto con el forastero, o sea, a lo descomunal de este contacto, ni tampoco a un sentimiento xenófobo. Es la anormalidad de su presencia y lo pasajero de su estancia, también, a veces, la falta de confianza del ajeno que hace más propicio una postura más retraída hacia él.

¿Cuáles son los mecanismos de la comunidad para afrontar y manejar ese cambio?

2) Mecanismos de la sociedad para adaptarse al medio ambiente

Chocan dos rasgos típicos de esta sociedad. Uno es el de conservar tradiciones y, sobre todo, hábitos, formas de comportamiento de la gente; otro es el fuerte y omnipresente deseo de mejorar las condiciones de vida, o sea, modernizarla, el deseo de conseguir para uno mismo y su familia una vida mejor de la que han conocido los antepasados.

Volvemos aquí sobre este proyecto de modernización del que los santaolalleros —con todo derecho— pueden estar tan orgullosos, y del cambio de los valores que viene implicado en él. El ideal de desarrollo es el modelo urbano e industrializado y se tiende fácilmente a entender progreso como industrialización. Las dificultades enormes del modo de producción agrícola hacen lo suyo para acelerar este proceso y para amenazar tradicionales sistemas de producción en su existencia. En este proceso, ciertos conocimientos y recuerdos empiezan a caer en desuso y olvido. No son sólo técnicas de los tradicionales sistemas de aprovechamien-

to de la tierra sino también algunos valores y hábitos de la sociedad agraria que se están perdiendo.

Comportamientos como el afán para ahorrar dinero en vez de invertirlo se explican todavía, desde aquella experiencia agraria, y representan un obstáculo para este tipo de progreso económico. El espíritu de conservación, por otro lado, se refiere, cada vez menos, a la naturaleza y al medio ambiente, debido al decaimiento de la agricultura tradicional y nuevas perspectivas y necesidades económicas; parece más prometedor ganar dinero en un trabajo industrial que en el campo.

3) Autorrepresentación de la sociedad

Este punto sólo lo quiero esbozar, en brevedad, ya que buena parte de ello se puede deducir de lo dicho sobre los discursos locales.

Los olalleros se refieren a ellos mismos como una gente que sabe conservar tradiciones, sobre todo, en cuanto a formas de comportamiento y hábitos se refiere (utilizan el mismo tópico para hablar de la mentalidad cerrada de los serranos). Si hablan de cómo son, dicen mucho sobre su sentido social y sus formas de relacionarse. Son los ancianos que también hablan de donde han venido y sobre sus orígenes. Desde siempre, esta tierra y la gente que ha engendrado, han sido dos factores en estrecha simbiosis. Yo veo ahí algunas buenas perspectivas para el futuro.

III. CONCLUSIÓN.

Hablamos otra vez de "la cultura" y "el capital". En una comunidad con fuerte tradición agrícola como Santa Olalla, "capital" significa tanto como "posesión de tierras". Volvemos, por lo tanto, sobre el tópico del igualitarismo. Se dice que todos los olalleros, hoy en día, son más o menos iguales en cuanto a "capitales" se refiere: "el capital está repartido". Sin embargo, como hemos visto, "la cultura", o sea, la formación, también representa un factor de distinción social para los olalleros. Para limar las diferencias sociales que permanecen es, obviamente, necesario responsabilizarse de elevar el nivel de "cultura" de todos. Por otro lado, "la cultura", en el sentido antropológico de la palabra, no es nada mejorable, aumentable. Dicho de una manera muy escueta, "cultura" se refiere a las formas de cómo los hombres de una comunidad hacen las cosas. (Podemos definir de una manera provisional que cada pregunta con respecto a la actividad humana en una comunidad que empiece por "cómo" nos indicará algo sobre la cultura de esta gente.) Este concepto incluye, por ejemplo, los conocimientos de los viejos de cómo se cuida de una dehesa, cómo se construye y mantiene una noria, hasta técnicas de subsistencia, como

la de buscar gurumelos o espárragos. Todas estas actividades y tantísimas otras formas concretas de sabiduría popular, representan una parte de la habilidad de la gente de Santa Olalla y de la Sierra de Huelva de cómo mantener sus relaciones con su entorno físico y todo su medio ambiente. Un pueblo de tales características que pierde su base agraria, va a perder una parte de la propia historia e identidad. Todo este tesoro de conocimientos que posee una, y esta, comunidad, también representa un capital, una fuente de riqueza, ya no tan sólo simbólica, con vista a proyectos de turismo rural, por ejemplo. Tenemos ahí un fuerte capital en sentido de que estos conocimientos son recursos que pueden ser aprovechados para dar pan a la gente de aquí. Una vía ya mencionada durante estas IX Jornadas han sido el "ecodesarrollo" y el ecoturismo a pequeña escala. Tales proyectos requieren pocas inversiones financieras, están de acuerdo con la mentalidad de esta gente y su identidad cultural, a la vez, ecológicamente sostenibles y económicamente viables y parecen ser opciones razonables con vista al futuro.

Desde luego, este trabajo no se propone el pormenorizar tales proyectos de desarrollo endógeno. Conste, también, que esta propuesta es sólo una de las muchas posibles y pensables para conseguir el fin de que la gente de esta Sierra de Huelva, en general, y de Santa Olalla, en concreto, pueda seguir gozando y aprovechando de su lindísima tierra también en un futuro que sólo vivirán nuestros hijos y nietos.

Sin entrar más en este punto, quisiera concluir diciendo que no quiero entregar este grano de arena al estudio de esta excelente tierra sin aprovechar la ocasión de dar, otra vez, las gracias a todos los que han contribuido, de manera tan generosa y experimentada, a mi humilde estudio. Me han aceptado con tanto calor y cariño, con tanta apertura y confianza, de modo que no sólo fue posible realizar este trabajo sino también que ellos me han hecho un amigo y enamorado de esta bella tierra y sus habitantes.

Espero que su futuro, manejado por sus propias manos, sea tan próspero y rico como ellos y todos los vecinos de esta hermosa villa lo merecen.

Andreas König. Santa Olalla, Göttingen. Septiembre del 1994.

Instituto de Etnología de la Libre Universidad de Berlín.

Drosselweg 1-3

D-14195 Berlín.

Alemania.